

SACRIFICIO – CONSACRACION – SACERDOCIO

1- Todo lo que Dios ha hecho es perfecto, todo es SAGRADO y SANTO. En el orden primordial de la Creación todo, y en primer lugar el hombre, era “sagrado”, es decir vinculado con Dios, destinado a Dios, y “santo”, que significa que era según el orden perfecto querido por Dios.

Lo contrario de “sagrado” es “profano”, “profanado”, o sea, privado de Dios, falsificado, desviado de la finalidad para la que ha sido creado. Desde el momento que “todo es vuestro, pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios” (1 Cor 3,22-23), al pecado del hombre lo ha profanado a él mismo, en primer lugar, y ha profanado todas las cosas. Por eso “la creación misma espera con impaciencia la manifestación de los hijos de Dios; de hecho ha sido sometida a la vanidad –no por su propio querer, sino por el de aquel que la ha sometido– y nutre la esperanza de ser también ella liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Sabemos de hecho que toda la creación gime y sufre hasta ahora en los dolores del parto” (Rom 8,19-22).

De esto resulta evidente el significado del título que el Señor ha dado a los Escritos de Luisa:

*“El Reino de mi Divina Voluntad en medio de las criaturas – Libro de Cielo –
La llamada a la criatura al orden, a su puesto y a la finalidad
para la que fue creada por Dios”.*

2- La obra de la Redención implica la necesidad de ofrecer un sacrificio. El sacrificio implica la necesidad de un sacerdote y de una víctima, o sea, de alguien que tenga algo que ofrecer a Dios.

Consiste en ofrecer a Dios, pero más que ofrecer se trata de devolver, de restituir, de dar como respuesta y de restablecer un orden violado, de reparar una injusticia hecha a Dios.

Si no hubiera habido el pecado, sin la injusticia del pecado, el ofertorio a Dios habría sido una pura correspondencia de amor, de alabanza, de gratitud. Pero con el pecado, el necesario ofrecimiento es debido también a la necesidad de reparar una injusticia, de restaurar una situación de grave desorden.

El sacrificio es por consiguiente hacer sagrado (perteneciente a Dios) lo que ha sido hecho profano por el pecado, desviado de la Voluntad de Dios. Y lo que se ofrece es una víctima.

Y así como el sacrificio puede ser (según el motivo por el que se ofrece): holocausto, sacrificio expiatorio, de comunión, de acción de gracias, etc., así hay distintos tipos de víctimas: víctima de expiación, de reparación, de honor, de amor, etc. Son los diferentes oficios a los que pueden ser destinadas.

Después del pecado el hombre instintivamente empezó a ofrecer a Dios sacrificios y hostias pacíficas, privándose de algo suyo, de alguna cosa importante, significativa, de lo que para él era más precioso.

¿De qué forma? Destruyendola para él, en especial mediante el fuego, para que no quedara nada para él (y entonces se trataba de un holocausto o de un sacrificio de expiación), o bien destruyendola sólo en parte, es decir, una parte la ofrecía a Dios y una parte –tratándose de un animal– dejándola para él, para comerla, y de ese modo era un sacrificio de comunión con Dios: compartir con Dios lo que nutre y sirve para la vida.

En un determinado momento de la historia de las relaciones del hombre con Dios aparece la figura de Melquisedek, rey y sacerdote del verdadero Dios, que ofrecía a Dios pan y vino (el alimento humano, pacífico), y le dio también a Abrahám como signo de comunión sagrada, bendiciéndolo.

3- Pero Dios no busca nuestras cosas; es El quien nos las da. Dios nos quiere a nosotros, quiere eso nuestro que se rebeló a El, eso que arrastró al hombre y con el hombre a toda la Creación al desorden y al abominio de la profanación: **Dios quiere nuestra libre voluntad.** “¿Con qué me presentaré al Señor y me postraré ante Dios altísimo? ¿Me presentaré a El con holocaustos, con terneros de un año? ¿Agradarán al Señor miles de corderos y torrentes de aceite a miríadas? ¿Le ofreceré tal vez a mi primogénito en cambio de mi culpa, el fruto de mis entrañas por mi pecado? Hombre, se te ha enseñado lo que es bueno y lo que el Señor te pide: que practiques la justicia, que ames la piedad, que camines humildemente con tu Dios” (Miqueas 6,6-8).

¿Qué víctima ha de ofrecer el sacerdote a Dios, en reparación de la injusticia cometida?

En Cristo se manifiesta la identificación del Sacerdote y la Víctima: *“por un Espíritu Eterno se ofreció a Sí mismo inmaculado a Dios”* (Heb 9,14).

¿De qué manera? *“...Entrando en el mundo, Cristo dice: Tú no has querido ni sacrificio ni oferta, sino que un cuerpo me has dado. No has aceptado holocaustos ni sacrificios por el pecado. Entonces he dicho –porque de Mí está escrito en el volumen del Libro– héme aquí que vengo para hacer, oh Dios, tu Voluntad. Después de haber dicho: No has querido y no has aceptado ni sacrificios ni ofertas, ni holocaustos ni sacrificios por el pecado, todas esas cosas que se ofrecen según la ley, añade: Héme aquí que vengo para hacer tu Voluntad. Así ha abolido el primer orden de cosas para establecer el segundo. Y precisamente es por esa Voluntad por la que hemos sido santificados, mediante el ofrecimiento del cuerpo de Cristo, hecho de una vez para siempre”* (Heb 10,5-10).

También el discípulo de Cristo, el cristiano, debe ofrecerse a sí mismo a Dios: *“Os exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcais vuestros cuerpos como sacrificio viviente, santo y agradable a Dios: ese es vuestro culto espiritual”* (Rom 12,1).

Es un *“sacrificio viviente”*: no se trata de matar el propio cuerpo, de inmolarse a sí mismo, porque es un *“culto espiritual”*, no material. ¿Pero de qué forma se debe ofrecer y sacrificar? Haciendo que sea *“consagrado”* (= *“sacrificado”*), hecho sagrado, perteneciente a Dios, al servicio de Dios, dedicado a hacer su Voluntad.

¿Quién ha de *“sacrificar”*, es decir, hacer sagrada la víctima? Alguien que es sagrado, es decir, el sacerdote. El sacerdote *“sacrifica”*, o sea *“consagra”* la víctima. Pero como Cristo se ofreció El mismo, así el cristiano (que por el Bautismo está unido a Cristo y es sacerdote de sí mismo) no ha de ofrecer víctimas ajenas, sino la víctima propia, a sí mismo. Precisamente la propia libre voluntad, eso que llamamos *“el corazón del hombre”*. Sólo así se hace santo.

4- Ahora bien, una hostia *no puede* consagrarse a sí misma, hace falta un sacerdote que la consagre en la Misa, que pronunciando las palabras de Cristo, cumpla su Sacrificio de un modo incruento: la hostia al instante es *transformada*: de golpe deja de ser harina de trigo y se convierte en el Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Jesucristo, viviente bajo los velos accidentales de la Hostia.

Por el contrario, tratándose del hombre, por el Bautismo es habilitado a ofrecer el sacrificio de sí mismo y por tanto *puede* consagrarse a sí mismo, *“gracias a esa Voluntad Divina”* que, hecha por él, le da el poder de transformarse en Cristo: *“todos nosotros, a cara descubierta, reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en esa misma imagen suya, de gloria en gloria (poco a poco), mediante la acción del Espíritu del Señor”* (2 Cor 3,18).

Además, si la hostia es consagrada o transformada al instante, es porque no tiene una voluntad con la cual pueda interferir en la acción de la Voluntad Divina que la consagra, mientras que en el hombre, teniendo una voluntad suya propia, esta consagración o transformación en Cristo tiene lugar –si es que sucede– poco a poco, a medida que su querer humano cede el puesto al Querer Divino.

5- Jesucristo, el Verbo Encarnato, por Sí mismo es sacro y santo: no ha de ser hecho sagrado (consagrado) por nadie, es El quien hace sagrado al hombre y a toda la Creación, es decir, la restituye a Dios, la restablece en el estado original de justicia o santidad. El es el que quita el pecado del mundo, o sea, cancela toda profanación: *“no llames inmundo (profano) lo que Dios ha purificado”*, dijo el Angel a Pedro (Hechos, 10,15). El es el Sumo y eterno Sacerdote: *“El Señor ha jurado y no se arrepiente: Tú eres sacerdote para siempre a la manera de Melquisedek.”* (Salmo 109,4).

El hace partícipes de su Sacerdocios a todos sus hermanos, miembros de su Cuerpo Místico, de una doble forma: mediante el Bautismo y mediante el sacramento del Orden Sacerdotal.

6- Por el Bautismo, el hombre es capaz de reconectar con Dios todas las cosas, de hacer sagrado todo lo que che Dios ha creado, toda la Creación. Vivir la espiritualidad del *“sacerdocios real”* recibido en el Bautismo es la verdadera y única solución al problema de la ecología: *“ya sea que comais, o que bebais, o que hagais cualquier otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”* (1 Cor 10,31). Todo ha de ser ocasión de entrar en comunión con Dios, comunión de agradecimiento, de alabanza, de bendición, de amor; comunión con Su adorable Voluntad.

Todas las cosas, los animales, las plantas, el sol, el agua, el viento, los campos, las estrellas..., todo nos está diciendo: *“tómame, llévame contigo –no tanto en tus manos cuanto en tu corazón, en tu espíritu– y llévame al Creador tuyo y mío; El me creó por tí y tú no tienes que ser ingrato y ciego ante su Providencia, Sabiduría y Amor. Ofréceme a El como homenaje de gratitud, de alabanza, de gloria y de amor; sólo eso es la razón de mi existencia”*.

Todo lo que ha salido de Dios en la Creación ha de volver a Dios, pero sólo el hombre, que es el destinatario, puede hacerlo, dando voz, palpitar y vida a todas las cosas que no pueden hacerlo por sí mismas, al no tener una voluntad responsable, dotada de libre albedrío, como por el contrario puede hacerlo el hombre, creado para ser el verdadero rey y sacerdote de la Creación (incluidas las galaxias). Y el mundo no puede acabar, si antes no ha sido restablecido del todo el orden primordial de la Creación: cada cosa del mundo y de la vida humana tiene que ser “restaurada en Cristo”, es decir “en la Voluntad Divina”. No podrá llegar el fin del mundo sino después de que el último hijo de Dios haya dado su homenaje de correspondencia al Creador con un *“te reconozco, te adoro, te alabo, te bendigo, te amo”* por cada cosa creada. Sólo así todo volverá a Dios.

Será como dice, con su lenguaje pintoresco, el profeta Zacarías (14,20-21): *“En aquel tiempo hasta en los cascabeles de los caballos se verá escrito: «Consagrado al Señor», y las calderas en el templo del Señor serán como los cálices que hay ante el altar. Es más, todas las ollas de Jerusalén y de Judá serán sagradas para el Señor, rey de los ejércitos; y cuantos quieran ofrecer sacrificios vendrán y las usarán para cocer las carnes. En aquel día no habrá ni siquiera un Cananeo (un mundano) en la casa del Señor de los ejércitos.”*

7- Pero a los mismos hombres, ¿quién deberá reconciliarlos con Dios, quién puede hacerlos sagrados y santos? Otro hombre, *“tomado (elegido por Dios) entre los hombres, es constituido por el bien de los hombres en las cosas que se refieren a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados”*. (Heb. 5,1). Es el Sacerdote “ministerial”, que llega a serlo mediante la imposición de manos de un Obispo, sucesor de los Apóstoles, los primeros Sacerdotes del Nuevo Testamento: es decir, mediante otro Sacramento, el Orden sagrado o sacerdotal.

8- Los sacerdotes del Antiguo Testamento, de la tribu de Levi, como Aarón, se transmitían el sacerdocio, de padre a hijo. Los del Nuevo, que llegan a serlo por la participación al Sacerdocio de Cristo, es porque son llamados por Dios. Es Dios el que llama a la vez por dentro, en la conciencia, y por fuera, mediante la Autoridad de la Iglesia.

Los antiguos sacerdotes representaban al pueblo ante Dios y ofrecían a Dios lo que el pueblo tenía que ofrecer. Los Sacerdotes de la Iglesia representan sobre todo a Dios ante el pueblo, son “expropiados” voluntariamente y por amor, actúan *“in Persona Christi”*, nella Persona de Cristo. No son solamente otro Cristo (*alter Christus*) –como lo es todo bautizado– sino que se hacen una sola cosa con Cristo (*ipse Christus*). Por eso pueden ofrecer a sus hermanos las cosas de Dios: el Camino, la Verdad, la Vida misma de Dios; la luz, la consolación, el perdón, la salvación, el mismo Señor.

Por eso, el Sacerdote que celebra el Sacrificio de la Misa, desde el momento que sale de la sacristía para subir al altar ya está en profunda comunión con el Señor (lo mismo si se da cuenta, que si no se da), mucho antes de recibirlo él mismo y los fieles en la Comunión Eucarística. Desde el primer momento está tan unido a Cristo (y así debería estar identificado en todo, venticuatro horas al día), que puede por tanto decir en un determinado momento: *“Ésto es mi Cuerpo, éste es el cáliz de mi Sangre”*...

Considero que ésto sea el más profundo motivo del celibato del Sacerdote, que la Iglesia Católica considera “un valor no negociable”, sin con eso criticar esas situaciones particulares de sacerdotes casados (hombres casados que son ordenados sucesivamente sacerdotes), en lugares en los que por razones históricas la Iglesia lo admite, como es en el rito oriental.

P. Pablo Martín